

El futuro del trabajo en la era de la IA

Jaime Malet



kioskoymas#ffloresn

La inteligencia artificial (IA) experimenta un avance vertiginoso que supondrá una mejora indeleble de los procesos productivos. A pesar de las voces optimistas que minimizan su impacto en el empleo, la evidencia apunta en la dirección contraria. A medida que la IA amplía su capacidad cognitiva se convierte en una fuerza capaz de suplir tareas antes exclusivas de la mente humana, lo que augura una destrucción de empleos a una escala sin precedentes en la historia.

Esta revolución no se asemeja a transformaciones tecnológicas previas, como la revolución industrial. A principios del siglo XIX, las máquinas sustituyeron la fuerza física y las manos de los artesanos. En la Inglaterra de entonces se creó una gran alarma social y entre 1811 y 1816 los luditas protestaron mediante la destrucción violenta de los nuevos telares, temerosos de que sus empleos desaparecieran. Sin embargo, la tecnología no supuso finalmente una disminución de la oferta laboral, sino una metamorfosis de la naturaleza

del trabajo. ¿Será este el desenlace con la IA?

Las máquinas modernas *sienten* a través de sensores, que abarcan el tacto, la visión y el oído; *memorizan* billones de datos y tienen la capacidad de analizarlos al instante, tomando decisiones autónomas que pueden impulsar la respuesta y el movimiento de otras máquinas o influir en las personas. Todo ello sin requerir de intervención humana. Surge la obvia pregunta de cuál será nuestro papel.

John Maynard Keynes predijo que para el 2030 las personas trabajarían solo 15 horas a la semana. Aunque este escenario se vislumbra lejano, la tecnología irá desplazando gradualmente a los trabajadores en más y más ta-

La IA augura una destrucción de empleos a una escala sin precedentes

reas. Pese a que emergerán empleos nuevos e inimaginables (que en última instancia podrán acabar también en riesgo) surgirá una mayoría de población *inservible* para el trabajo, que convivirá con una minoría de ocupados y con los propietarios de las máquinas. En muchos países el aumento de la productividad permitirá proveer amplios mecanismos de protección, como una renta universal; el

desafío será encontrar un propósito que motive a las personas a levantarse cada mañana.

Como los patricios griegos que contaban con esclavos, nuestras máquinas nos permitirán dedicar el tiempo excedentario a la reflexión filosófica o al ocio. Dentro de este campo, aumentará la evasión del entorno mediante el uso de la realidad virtual y, lamentablemente, el consumo de sustancias psicoactivas. Las revueltas sociales protagonizadas por los que no se adaptan, quizás con una vuelta a un ludismo renovado, serán frecuentes. La educación también se verá afectada, ya que los conocimientos escolares y universitarios se volverán obsoletos en poco tiempo, haciendo que la adquisición continua de habilidades sea la clave para sobrevivir en un mercado laboral en constante mutación.

La IA tendrá un impacto especialmente significativo en empleos bien remunerados, conocidos como *white collar*. Según Goldman Sachs, hasta 300 millones de estos empleos podrían estar en riesgo para un cercano 2030, incidiendo en el bienestar de la clase media a escala global, lo que tendrá indiscutibles consecuencias políticas y sociales.

A pesar de los claros beneficios de la IA en productividad, crecimiento económico, avances científicos y conocimiento de la naturaleza, es imperativo afrontar la otra realidad que junto a todo ello se avecina y trazar cuanto antes el rumbo hacia un nuevo contrato social. Es nuestra responsabilidad, la responsabilidad de los humanos. ●